

LA HORA



J. Moryo

25 ctms

Corsetería de la Real Casa

Primera casa en el corsé a la medida
Bordados, cintas y medias finas

== PRECIOS DE FÁBRICA ==

Manuel Gracia. – Coso, 9. – Zaragoza

OFICINA TÉCNICA

Heriberto Almela Navarro

Proyectos. – Presupuestos.
Medición de terrenos y
toda clase de trabajos re-
lacionados con el ramo de
construcción.



Puerta del Sol, 13, pral. dcha.

Teléfono M. 16-11.

MADRID

Anastasio Cuadrado Castillo

ESPECIALISTA
EN ENFERMEDADES
SECRETAS
Y PIEL



De once a una y de cinco a ocho

PRECIADOS, 33, PRAL.

MADRID

Anuncie usted

en

LA HORA

El semanario
de moda



Examine usted nuestras
combinaciones de anuncios,
si quiere vender.

 **PARISIANA** 

Variétés Restaurant Music-hall

El lugar más animado, más cómodo
 y más elegante de Madrid 

LA HORA

Dirección y Administración: Gran Vía, 18, y Caballero de Gracia, 17.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS MADRID

LA HORA MILITAR

CUESTIÓN DE FRASES... Y TEXTOS

COMPRUEBA la Historia que España se pierde por la exuberancia de su lengua, contrapuesta a la fecundidad de las iniciativas. Porque es pobre en hechos y rica en palabras.

Sin embargo, por voluntad del pueblo o contra la voluntad del pueblo, los hombres que pasan — que no pasan, mejor dicho, sino que se quedan — por el Gobierno de la Nación, se distinguen por su calidad de grandes hablistas. Nuestros Gabinetes se nutren — y nutren ellos — de abogados y de académicos de la Lengua.

El hombre de ciencia, el hombre técnico y el hombre de trabajo van a los Gobiernos tan de tarde en tarde y en tan mezquina proporción que se asfixian en un ambiente que hiede a curia y a literatura. Y es acaso en esta sencilla exposición donde se asienta el fundamento de que a todos nuestros graves problemas se les busque una grotesca solución de nombre o de frase.

Podríamos citar muchos ejemplos, corriendo por toda la gama de casos, desde llamar kilo de pan a escasos setecientos gramos, hasta llamar *protectorado* a nuestra acción en Marruecos, en donde, o somos nosotros los protegidos, o tenemos que empeñarnos en una bárbara lucha de exterminio entre dos razas. Pero nos vamos a referir a otro caso que, en relación con éste, tiene indudable actualidad.

Es, lector, el de las Juntas de Defensa. Comenzaron su actuación las Juntas en junio de 1917; intervinieron en la política, imponiendo los ministros de la Guerra, sobre quienes acumulan ahora culpas de las deficiencias y desaciertos, hasta 1921, y en 1921 la tragedia de Marruecos ha señalado un punto, que en otros países se reputaría «punto final».

¿Cómo han hecho frente nuestros hablistas a este peliagudo problema? Unos, cambiando el nombre de Juntas de Defensa por el de Comisiones informativas, y otros, esgrimiendo una frase: «La de extirpar unos retoños.»

Por si eran pocas frases, un exministro, el general Villalba, pronunció hace poco: «Callen las lenguas y hablen las espadas.» (Refiriéndose, suponemos, a las lenguas militares, porque las civiles estaban a buen recaudo con la censura.)

Pues para juzgar del resultado del Gobierno con frases, y de cómo con ese sistema nos luce el pelo a los españoles, transcribimos, sin más comentarios, los siguientes textos:

Del general Primo de Rivera al salir de la cartera de Guerra en octubre del 17, por «informe» de las Juntas:

Las desaprobaba el general, porque veo que se las encauza hacia fines distintos de los que se dijo iban a tener...

Han adoptado la decisión de intervenir en la política y no estoy conforme con ese criterio.

Se comprende fácilmente que así llegará un momento en que sea imposible gobernar

Su misión debe ser: buscar la organización del Ejército dentro de los recursos del país.

Velar por la dignidad del personal que lo integra y solicitar por el conducto regular lo que sea conveniente para el Ejército.

De un texto de las Juntas:

A la inteligencia y entusiasmo ejemplares de las Juntas se deja acordar la suspensión de garantías, cierre de centros, etc.

Del general Cabanellas a las Juntas en 1921:

Señores presidentes de las Juntas de Defensa informativas.

Muy señores míos: Perdonen que, en la imposibilidad de dirigirme a cada uno de ustedes, lo haga en esta forma.

Acabamos de ocupar Zeluán, donde hemos enterrado 500 cadáveres de oficiales y soldados. Estos y los de Arruit se defendieron lo bastante para ser salvados.

El no tener el país unos millares de soldados organizados les hizo sucumbir. Ante estos cuadros de horror, no puedo menos de enviar a ustedes mis más duras censuras. Creo a ustedes los primeros responsables, al ocuparse sólo de cominerías, desprestigiar el mando y asaltar el presupuesto con aumento de plantillas, sin ocuparse del material — que aun no tenemos —, ni de aumentar la eficacia de las unidades.

Han vivido ustedes gracias a la cobardía de ciertas clases, que jamás compartí.

Que la Historia y los deudos de estos mártires hagan con ustedes la justicia que se merecen.

Siento expresarme tan claro; pero queda así tranquila mi conciencia.

De ustedes queda, Cabanellas.

Esta carta no es reservada.

De Alvaro de Albornoz en su artículo del día 27 del actual:

Y frente a la guerra, los jefes disputan mientras los soldados mueren... La querrela militar es el escándalo del día ante los cadáveres insepultos que infestan la atmósfera del campamento en Zeluán y Monte Arruit.

Los «retoños» de la indisciplina brotan en las propias barbas del que en transportes oratorios amenaza con extirpaciones radicales.

Es la claudicación más vergonzosa del Poder público a que hemos asistido, el grotesco fracaso de los hombres de «riñones», que se atreven con toda una provincia y aun con todo el país cuando se hallan rodeados de la Guardia civil y capitulan ante una bocamanga estrellada. Si se tratase de revolucionarios, ya habrían sido fusilados a estas horas. Mas para sentir la dignidad del Poder público y hacerla respetar, los hombres de «riñones» no sirven, y hacen falta hombres «civiles». Hombres civiles como Argüelles, el que se atrevió a disolver el ejército revolucionario, aun con peligro de dejar la revolución indefensa; hombres civiles como Ruiz Zorrilla, el que lo sacrificó todo antes que consentir la insubordinación del Cuerpo de Artillería; hombres civiles como Castelar, el que no vaciló en comprometer su nombre y su reputación por salvar la disciplina del Ejército y la existencia de la Patria.

* * *

¿Hacen falta más comentarios?



El general Cabanellas.

NOTAS DE LA LEGIÓN

DEL LAUREL... A LA TILA

Es ridículo este cacho de vida que llevo colgando del corazón como un andrango... Todo lo renuncié por Ella, por la Muerte; todo. La viejecilla desolada, el padraastro gruñón y borrachín, la hermana resignada y anémica que se suicida a diario, rebotando sobre el zurcido su tosecilla tísica, entre las negras paredes de la bohardilla de Juanelo. Todo: mis alegrías y mis dolores. Y buscandola muerte vine a dar con... la disentería. Es ridículo para un guerrero, para un caballero del Tercio, para un legionario, esto de andar con el fusil colgando en busca de rincones y esquinzos que le oculten decorosamente a la vista de sus camaradas, cada cinco minutos... Además..., se parece tanto al miedo. ¿Lo habrá sido?

En esta renunciación absoluta y sagrada como un voto, que hacemos todos al llegar al Tercio, la vanidad también se queda fuera, y vanidad sería negar el miedo. Sí; creo que este ridículo mal que sufro, esta tortura de intestinos, es de miedo. No me atacó desplegando en guerrilla ni cargando en Tizza — de cualquiera de las maneras que ustedes quieran escoger, según la versión del alto mando o la de los partidarios de los Sres. Tuero, Lacanal, etc. —, ni me entró al sentir a ras de la oreja ese silbido único, agudísimo, como un suspiro largo y frío, de las balas, ni el paco que me trazó un surco de fuego en la mejilla, como una coima en celo que me hubiese cortado la cara. En estos momentos sólo sentí que corría un poco más el corazón, que me aturdí y que sólo tenía consciencia para disparar el fusil y para dar gritos.

Pero llegamos a Zeluán y entramos en la posada del que fué poblado. Fui a Nador, donde la crueldad más horrenda marcaba sus aristas siniestras en los mutilados



cadáveres, y me impresionó mucho el bárbaro horror de la tragedia. El cuadro espantable de Nador atacaba al alma. La horrible visión zeluani, al alma y a las narices. Al espanto para los ojos acompañaba la pestilencia del pudridero...

Aquellas actitudes dantescas de las pobres carroñas de los mártires..., confundidos sus huesos, recubiertos aún de piltrafas viscosas o reseacas... Y aquel olor horrible... En Nador, a la vista de la tragedia, sentí lágrimas entre las barbas y temblores en el pecho.

En Zeluán, ante sus horrores y sus olores, sentí como un redoble de tambor en las tripas y tuve que tirar el fusil para salir corriendo...

Y así estoy. Me han querido hospitalizar..., ¿para qué?

Sería gracioso que quisiera curarse entre calduchos y potingues el que vino a morir. Claro es que entre el balazo que despena fulminante o esta

sucia tortura que va transparentando mis huesos y obligándome a andar como a un reblandecido de la medula, yo pre-

fiero el balazo... Puede que sea mi última vanidad... Y creo que es razonable, porque yo, que iba buscando una bala, acabo de tropezarme con un irrigador...

ANDRÉS LOBO.

Zeluán, octubre.

En el próximo número, tercer artículo de "La Hora periodística": SEA USTED ECLÉCTICO; SEA USTED DE LA CASA; LA HUELGA, MOYA Y LUCA DE TENA; CÓMO SE HACE UN DIRECTOR; CÓMO SALVÓ UN GOBIERNO CONSERVADOR A UN DIARIO SEUDOEXTREMISTA, etc.

ANÚNCIESE USTED EN "LA HORA"



EL TRIUNFO DE VIDAL Y PLANAS

SIEMPRE he creído en Vidal y Planas. Enjuto, nervioso, pasional, de una morbosidad psíquica a veces delirante, parece un intelectual ruso de los tiempos anteriores a Lenin. Parece un personaje gorkiano.

Es poeta, novelista, dramaturgo, libelista. (Yo me he declarado alguna vez libelista, porque el libelo no siempre es infame, sino todo lo contrario. El libelo, en días angustiosos de tensión popular y de inquietud espiritual, puede ser evangelio. La *Sagrada Escritura* fué un pasquín para Diocleciano. Algunas de mis novelas constituyen un horror intelectual para D. Abilio Calderón.)

Poeta, novelista, libelista, autor dramático...

¡Autor dramático! ¡Qué tema éste tan sugestivo!

Cuando el cronista supo que Vidal y Planas había teatralizado

su novela *Santa Isabel de Ceres*, pensé que el admirable escritor encontraría grandes dificultades para su estreno, que tropezaría con ese colchón insensible que se llama el empresario.

El empresario — salvo honrosas excepciones — es, en España, la perplejidad que se arruina. Nadie tan lleno de prejuicios, de asombros, de pudibundeces y de deudas como el empresario español. Quiere buscar al público, que es la ilusión de su taquilla exhausta, y no lo busca francamente, con obras sanas, orondas, claras, vigorosas, que pueden llevar al abismo de la pateadura o al paraíso inefable del éxito.

Lo busca tímidamente, queriendo engañarlo por medio de embelecos y de trucos.

Desprecia al público. Dice:

— ¡Como el público es un idiota!...

Recuerda a fray Lope de Vega, aquel gran martingalista sin grandeza, enemigo personal de Cervantes, aquel escéptico de sotana, aquel monstruo de facilidad y de vanidad, lleno de ripios y de vaciedades: «El vulgo es necio...» Y trata de atraer al vulgo con la eterna ramplonería, con la manida barbarie chistosa.

¿Triunfa el empresario? ¡No! Porque si bien es cierto que existe una pequeña minoría que va al teatro cuando se estrenan obras menudas, también lo es que existe una mayoría inmensa que no va al teatro porque no se estrenan «comedias fuertes», esas «comedias fuertes» que tanto le asustan al empresario y que suelen constituir los grandes éxitos aclamados y venerados.

A este género de «comedias fuertes» pertenece *Santa Isabel de Ceres*, que ha estrenado en Sevilla el Sr. Tudela, y que se ha representado allí durante más de veinte días a teatro lleno.

¡Más de veinte días! Téngase en cuenta que *La Malquerida* se representó en Sevilla seis veces, y que fué, como era lógico, un gran éxito.

Y es que *Santa Isabel de Ceres*, como *Juan José*, como *La Dolores*, como *Tierra Baja*, como *El Místico*, es obra popular, que recoge las más violentas pasiones humanas, que tiene el zarpazo del arroyo, que es «comedia fuerte».

De vez en vez, el empresario, ante un suceso imprevisto de esta clase, se queda estupefacto y vacila:

— ¿Estaré equivocado? — piensa.

Pero no. Como el jugador de poker o, más humildemente de mus, va perdiendo poco a poco su «resto», sin atreverse al riesgo de un instante, que puede ser el triunfo súbito. Y languidece detrás de su taquilla. Y ve pasar, indiferente, al público, que no se fija siquiera en el cartel anodino de su empobrecida farándula.

El empresario, empero, debe ir pensando en la evolución. El teatro frío, el teatro frívolo, el teatro insignificante, pasa. Se sostuvo un poco durante la guerra y la postguerra, cuando a la gente le sobraba el dinero. España ha vuelto a la verdad y a la razón; es decir, a la pelea por la vida, al dolor de existir. Antes, la gente iba, alguna, al teatro para gozar allí el placer de su abundancia. Ahora desearía ver en escena reflejada la inquietud que le vivifica y que le domeña.

La hora del camelo se va. Adviene la hora del vigor. *Santa Isabel de Ceres*, plebeya, bárbara, poética, idealista, retórica, pujante, con sus llantos, con sus alaridos, con su frenesí, irrumpe en mitad de la escena española para demostrar que el público ya no quiere técnica, eso que dicen técnica los cucos sin numen, sino, escrita así la palabra, en letras muy grandes: LITERATURA.

LUIS ANTÓN DEL OLMET.

¡LO QUE VA DE AYER A HOY!



CAMBÓ. — ¡Si me dejará mi buen don Juan emitir un empréstito de mil millones... de pliegos de papel de barba para que hagan números mis empleados!...

El día 1 de enero de 1922 publicará LA HORA un número extraordinario de 36 páginas. 50 céntimos en toda España.

LA HORA PERIODÍSTICA

¡OH, LA FUERZA DEL CUARTO PODER!...

Quise ser periodista, y no me dejaron.

II. — Cómo se sale de un periódico.

A DIVINO la sonrisa de mis ex camaradas a la simple lectura de este epígrafe... ¿Que cómo se sale? — dirán —. ¡Bah!; pues como se entra: sin dinero... Y además, sin crédito... Ahórrese usted el artículo, que eso por sabido se calla.

Y es cierto. El legionario de este considerable — ¡considerable por el número, no confundirse lectores! — ejército del periodismo

pierde su crédito inicialmente al ingresar en filas, porque éstas, como las filas políticas, con las que tienen contactos y concupiscencias, viven de antiguo desacreditadas en la opinión; progresivamente, porque en el ambiente de miseria que crearon para los pequeños los apóstoles del periodismo — véanse las nóminas del *trust*, hoy en providencial y merecida disolución —, rara vez pudo el periodista afrontar el sacrificio de la moralidad, y, en último término, porque estos patronos de periódicos, que en sus latiguillos de artículo de fondo censuran tanto a los demás patronos, se cuidan, por lo general, tanto de desacreditar al obrero de la pluma que echan como al que se les va...

Y claro es que lo desacreditan en el sentido de mayor verosimilitud para que el descrédito cunda con eficiencia por entre la clase. Por ejemplo: a mi marcha de la casa solariega, y ahora además de solariega, solitaria del *trust*, a nadie del elemento directivo se le ocurrió dputarme hombre inmoral.

Su sagacidad, escasa y todo, les dejó ver que en la casa donde cobra en estos tiempos veinticinco duros mensuales un redactor y se le da, en compensación, la sección de toros «porque el chico la necesita para casarse»; en la casa editorial en que ha llegado el redactor-corresponsal de *El Liberal* de Sevilla a ganar apenas lo que vale el servicio de los telegramas, dejándole, a cambio, mano abierta para con la influencia de sus informaciones apoderar toreros; que en la casa en que menudean estos y otros incidentillos de tamaño linaje; que en la casa del *trust*, en fin, darle patente de inmoralidad a un redactor que se va, hubiera sido la más sutil ironía y la broma más refinada del habla castellana.

No; a mí me han tildado de rebelde y peligroso por lo mismo que acusaron de ingratos a los de *La Libertad*, por desacreditarnos y con el mismo fundamento; es decir, sin él...

Se sale sin crédito. Ciertamente, amigos míos. Pero no se trata de recuperarlo. ¡Para lo que sirve entre nosotros!... El epígrafe de este artículo tiene otro significado. Es el de la inestabilidad de nuestros empleos, sujetos a vicisitudes de tal índole y en tal número, que, a conocerlas el poeta, hubiese dejado para nosotros la exclusiva de su verso:

Juguetes del viento son.

¡SEA USTED BOYCOTEADOR!

Con estos dos postulados: «El obrero debe ganar más y el obrero debe ser respetado», está boca arriba, de día en día más difícilmente planteado en el mundo el grave problema societario. En el periodismo el problema aparece saipimentado con toda suerte de exigencias grotescas.

Una ojeada por mi caso basta a demostrarlo.

No sé si en 1916 ó 1917, que en materia de fechas soy casi tan desmemoriado como cuentan sus condiscípulos que era mi último director en orden a la nomenclatura — «metales y metaloides» —; pero desde luego fué el año aquel en que se coció en el Congreso el pastel del anticipo, jamás reintegrable... Hacía yo el extracto de las Cortes en la tribuna de la Prensa...

Hubo oradores que lo combatían, y yo, compenetrado de las prácticas de *El Liberal*, me guardaba muy bien de nombrarlos...

porque *El Liberal*, que creyó siempre que con dar un *carnet* de redactor era innecesario el sueldo y la vida quedaba automáticamente resuelta, creyó asimismo que el nombrar o no nombrar en sus gloriosas columnas a un personaje equivalía sencillamente a su consagración o a su muerte.

Y como para estos *boycots* y pequeñeces semejantes mi director era lo que se dice un *hacha*, yo silenciaba nombres y más nombres.

Ello ofrecía, a las veces, el caso absurdo de que un orador no *boycoteado* contestase a la nada — ya he dicho que nuestro *boycot* reducía a la nada a los personajes —. Pero no dejaba de resultar pintoresco, y con él agradaba, de contera, al patrono. Sin embargo, rara era la noche que a la salida de la Redacción no se acercaba algún compañero a decirme entre amistoso y confidencial:

— Oye, el *joven* está disgustadillo contigo.

— Si; ¿pues?

— Has nombrado a Batátez en el extracto y te lo ha tenido que tachar ..

— Bien; no me importa. A la postre, con ser difícil la tarea de tachar, para él es la única fácil... ¡Pero si Batátez no se ha metido en lo del papel!

— Si; pero la otra noche saludó con demasiada efusividad en el teatro a un señor que es muy amigo de «nuestros enemigos».

Por escasos cuarenta duros, lector, un siglo con otro de honorarios, debemos llamar «nuestros enemigos» o «nuestros amigos» a los que lo son del director o de la gerencia...

Y cuando ésta es tan veleidosa como el *trust*, dicho queda que en un par de años forzosamente hemos llamado «nuestros amigos» y «nuestros enemigos» a todo el mundo literario, financiero y político...

Mas el momento culminante, ese divino momento que elige Madre Naturaleza para dar relieve y esplendor a sus obras, hasta estas pequeñas obras del *boycot*, lo alcanzó mi oficio a raíz de la famosa disidencia de los de *La Libertad*. La lista de los *boycoteados* de mi sección del Congreso llegó al extremo que, a poderla hacer efectiva en la Cámara, el Sr. Sánchez Guerra hubiese sido el más feliz de los presidentes...

Los de *La Libertad*, sus accionistas, sus probables accionistas,

sus amigos particulares, ¡hasta los descuidados portadores de un envoltorio en que ese periódico pudiese dar fe de vida y circulación... fueron *boycoteados*!

Cumplí, a lo que creo — todo es cuestión de entrenamiento —, el *jea* usted *boycoteador*! como no soñaron los hombres de *La Internacional*. Mas ¡ay!, una tarde de verano, día de descanso de Cortes, porque había corrida de toros y son festejos, aunque casi idénticos, incompatibles, al volver de pergeñar mi croniquilla de la corrida — el *Gallo*, *Mejías* y *Nacional*, corrida del Montepío del año pasado —, nuestro *joven* fulminó en mi presencia y en la de otros redactores:

— El *Nacional* ha estado mal porque lo digo yo, porque soy el director. Habrá estado bien para el Sr. Lezama. Para *El Liberal*, no.

Y así, del gato al rato, del rato a la cuerda, y de la cuerda al palo: de *El Liberal* a *La Libertad*, y de *La Libertad* a Lezama, su redactor jefe, de Lezama a *Nacional*, amigo suyo, yo vi con desaliento que de *boycoteador* parlamentario pasaba a *boycoteador* taurino. Y me negué a *ejecutar* la revista.

Y dejé puesta la piedra de toque para que los que han llamado ingratos a gente que no cometieron otro pecado que el de hacer honor a su firma — firma de la que hablaremos —, no me hayan agradecido a mí el haber conjugado los verbos «Ser *boycoteador*», «Ser *eclectico*», «Ser *adicto* a Moya», y otros que han de tener aquí su narración oportuna, no para mi satisfacción personal, sino a fin de que el lector se inicie en las pequeñeces del periodismo. Y para mi satisfacción personal también... — CÉSAR JALÓN.





LA HORA

por
EMILIO CARRERE

La mano invisible de una nigromán-
[tica
desgrana las horas en el campanario;
sobre la ciudad, la Luna romántica
brilla como un místico lirio solitario.

¡Hora del amor! La rubia Julieta,
la escala de seda, la alondra y el claro
[lunar;
éxtasis del ciego ruiseñor poeta
y un alma que sabe besar y soñar.

¡Hora de la Gloria! Los himnos triun-
[fales,
las gestas que manchan de sangre la
[Historia.
— Cervantes y Shakespeare — lauros
[inmortales,
¡sobre un cementerio levanta sus arcos
[la Gloria!

¡Hora de la Fe! La blanca novicia
[suspira;
Cristos lamentables de alucinación.
¡Gran baile de brujas! Don Carlos Se-
[gundo delira
y encienden los frailes las santas hogue-
[ras de la Inquisición.

¡Hora de la sangre! Los Borgia, Lu-
[crecia,
la hermosa sirena que vierte la muerte;

el puñal del negro moro de Venecia;
Saturno, sus rayos de púrpura vierte.

¡Hora de lujuria! Turbia borrachera,
obscenas alcobas, el chulo y la arpía,
y el quicio sombrío donde una ramera
canta coplas tristes, de flamenquería.

¡Hora de justicia! Góticos ropones,
horribles gerundios, juramento falso,
cerrojos y grillos y negras prisiones
y la silueta roja del cadalso.

¡Hora del azar! Traidora raqueta
que el oro y las fichas arrastra a mon-
[tones;
el cero — la Nada — sorbe en la ruleta
tantas agonías, tantas ilusiones...

¡Hora de la Muerte! La negra mor-
[taja,
la luz de los cirios en la calavera.
¿Va todo en las tablas de la horrible caja
o hay algo que escapa de la gusanera?

Desgrana el Horario su lento rosario
de horas monocordes sobre la ciudad,
cantando el humano dolor milenar
en el campanario de la Eternidad.

EMILIO CARRERE.

LA LOCURA EN EL TEATRO

Como los médicos no están en condiciones hábiles para separar la locura de la razón, tampoco pueden aislar con autoridad científica la locura del crimen.

(CARLOS FORÉ, *Degeneración y criminalidad*, pág. 96.)

El comedimiento y la reserva de Foré contrastan con el dogmatismo exuberante y rotundo de Lombroso. Mientras el alienista francés se abstiene de fijar conclusiones, su colega se excede y las prodiga. Nadie, fuera de Max Nordau, le sobrepuja por lo categórico. Lombroso es de una seguridad imperturbable. Su teoría del criminal nato, victoriosamente combatida por Francotte y por otros antropólogos, le parece tan sólida como la teoría que aplicó Laplace al origen de los planetas. Si le asaltan dudas, las disimula; si ve el riesgo de lanzarse a afirmaciones que pueden comprometer su crédito científico, cierra los ojos y las divulga en revistas y libros sin preocuparse de las consecuencias.

Lombroso, tan considerado, tan respetado; Lombroso, a quien se reputa como uno de los más enérgicos reformadores del Derecho penal; Lombroso, tan lúcido, consultado, robusteciendo la autoridad de abogados y médicos, influyendo en los fallos de los Tribunales; Lombroso, agitador de la conciencia social; Lombroso, intérprete hace poco de los latidos intelectuales de Tolstoi, es, sin embargo, el antropólogo más vulnerable a la crítica de sus compañeros y el sabio que más se ha expuesto a la befa de los literatos. ¿Por qué? Lo ignoro. Mejor dicho, carezco de autoridad para medir la categoría científica de sus adversarios y contradictores. Sospecho que le combaten por la profusión, no siempre seria, con que siembra teorías e implanta conclusiones, y por el irreductible *parti pris* que advertimos en él de considerar demente a la Humanidad entera.

Hay en Italia sabios que comparten con él ese campo de investigaciones, y, aunque menos sonados tal vez que Lombroso, han conseguido un crédito y una nombradía que no cede a la que legítimamente le ha sido otorgada a él. ¿Quién no recuerda con respeto a Maharro, a Scipio Shigele, a Alimena, a Luis Ferriani? El primero ha estudiado el alcoholismo como factor de degeneración tan sagazmente, que su obra es de consulta, no ya en las Universidades, sino en todo núcleo de sabios dedicados a ese linaje de enfermedades. Scipio Shigele no vale menos que Tarde, a quien, desde luego, supera como artista, superior a la obra de Ferri por la originalidad de los puntos de vista y por la justeza de la aseveración; y, por último, Luis Ferriani es el investigador más penetrante de las causas que motivan la criminalidad en la infancia.

Y, sin embargo, nos encaramos con las páginas de estos hombres, y advertimos que titubean prudentemente antes de aventurarse en una afirmación que comprometa su crédito o ponga en entredicho su autoridad. Son humildes, parcos, ladinos, casi tímidos. Y nos encantan porque, sin dejar de inspirarnos confianza, les vemos esclavos de nuestras dudas y de nuestras vacilaciones; actitud intelectual que los empareja con nosotros, transformando a los sabios en nuestros iguales. Lombroso, el soberbio y dogmático Lombroso estudió hace años, en un folleto que circuló profusamente, la delincuencia y la locura en el drama y en la novela modernos. Encuentro entre el problema que aborda el antropólogo italiano y la desenfadada ligereza con que pretende darlo por resuelto, tal falta de proporciones, que, a tener yo la autoridad científica que es indispensable para medirse con Lombroso, calificaría su empresa de temeraria y consideraría su obra como un ensayo abortado. Retrocede nuestro sabio a la tragedia griega, y se detiene en Eurípides para comprobar la contextura patológica de alguno de sus tipos. Orestes le parece el más interesante. Es un neurótico con amagos de corea y un melancólico con tendencias al suicidio. No entra en los motivos trágicos y puramente fantásticos — claro está — que determinan la siniestra tristeza del matador de Egisto. Lo juzga por separado, como individualidad aislada. La nube de sangre que se cierne en el destino del infortunado hijo de Agamenón, su genealogía mitológica y el desconcertante fatalismo que mueve su voluntad, no han sido parte a impedir el diagnóstico de Lombroso. Orestes padecía de corea. Quizá fuera un reblandecido. ¡Lástima que en aquella remota época no se conociese la Hidroterapia y el yoduro potásico! Medea y Fedra son dos eróticas. ¿Y por qué no calificar de histérica a la Elena de Homero? No niego que el teatro de Eurípides es el más humano de aquel tiempo, porque el taciturno discípulo de Anaxágoras era un observador de aguda mirada y agresivo ingenio; pero, francamente, me resisto a admitir que escribiera sujeto a las preocupaciones médicosociales que parecen haber inspirado a Ibsen sus dramas *Los espectros*, *Edda Gabler* y *Solness, el constructor*, por citar los mismos que analiza Lombroso. Sólo Dante — ¿en qué obra? —, Shakespeare y Eurípides — asegura el antropólogo italiano — han retratado dementes en el teatro. Después de ellos, Ibsen se singulariza por la misma habilidad de alienista.

Sobre los locos que se mueven en el teatro de Shakespeare hay un hermoso libro, cuyo autor no recuerdo. Es un estudio, mitad médico, mitad literario en el que se analiza a Hamlet, Otelo, Ricardo III, el Rey Lear, Gloucester, Falstaff, Romeo y otros personajes del glorioso poeta. Las observaciones del antropólogo italiano son vaguedades sin substancia junto a la del crítico autor de aquel libro. De ahí el que no merezcan ser puntualizadas más por extenso.

Lombroso no cree que en el teatro antiguo haya más locos que Orestes. En el repertorio de Apuleyo, a pesar de sus lascivias, y en toda la *Iliada* puede que haya algún demente; pero es, a su juicio, un loco extranatural, un ser fantástico, cuyas acciones no tienen equivalencia en la realidad.

E involuntariamente voy a la página de Foré en que se afirma que aun están por delimitar las fronteras que separan a la locura de la razón. Si eso sucede entre los hombres, entre los seres vivos, ¿qué crítico, por muy avisado alienista que sea conjuntamente, podrá clasificar a los locos y a los cuerdos que circulan al través del teatro moderno?

MANUEL BUENO.



ARDIDES DEL JUEGO SON

El soplo del invierno que ha barrido de gente las terrazas de los cafés y de los casinos, va congregando en torno a los tapetes verdes y a los mantelillos blancos de los círculos y clubs recreativos ese mundillo nocharniago y elegante, que al cambiar con la luz, como el camaleón, tórnase por la noche tan alegre y tan frívolo como serio y respetable es durante el día.

Ese mundillo merece sus crónicas; debe salir a la luz del Sol, con sus incidentes, con sus ocurrencias y sus historias... ¿Acaso no forman en su vanguardia próceres de la Banca, de la literatura, de la política y de la nobleza? ¿Por qué ha de ocultarse más tiempo que el Sr. Junoy, a sus reconocidas dotes políticoevolutivas une la más extraordinaria agilidad para el *one-stewp*? ¿Puede reputarse como nefando que *Chicuelo* guste de solazarse frívolamente con alguna linda *papillon*? ¿Quién osaría calificar ceñudamente a un ex subsecretario elegante porque se desquitase de las amargas horas parlamentarias apuntándose un billete a caballo?

No cabe duda. Este que de día es mundazo y de noche mundillo merece nuestra estimación y nuestras crónicas.

Y de ambas va a gozar.

* * *

Es realmente deplorable lo que ocurre al Casino de Autores. Ni con discursos inaugurales a cargo de ministros de la Corona — uno de ellos tan pintoresco como el del ministro de la Gobernación — consigue ver sus salones animados.

Los contratistas de los recreos tienen una cara más larga que la más larga racha de negros que pueda darse. Alguno de ellos ha pensado ya seriamente en el barco que le lleve a América.

¡Y cuidado que es barato entrar en un Casino por tres duros!

¡Y después del reclamo que le hizo el ministro de la Gobernación!

* * *

En un parque del extrarradio, según el Sr. García Molinas, hemos presenciado la otra noche una fina labor de ruleta que vamos a referir:

Llega un «punto» que pone durante varias boladas una ficha grande a caballo de 32-35. Y le tiran durante esas boladas el 33, 34 y el 31.

Esto es bordar y lo demás son... *après* de treinta y una.

* * *

Corinto y Oro, el revistero de *La Voz*, juega a viceversa.

Si apunta a encarnado, sale negro; si juega a negro, sale encarnado.

Y así una y otra vez, hasta que el buen *Corinto y Oro* se torna cobre... y *morao*...

* * *

Hay gente que tiene la prevención de que los *croupiers* están en contacto con un mecanismo que sirve para desnivelar la ruleta, orientando la ganancia hacia la casa. Y muchas personas — lo hemos observado — no quitan ojo a las manos de los ruleteros.

Es una tontería, y desde aquí aconsejamos que no mire nadie a las manos de los ruleteros.

Mírenlos a los pies...

JORGE ROJO.

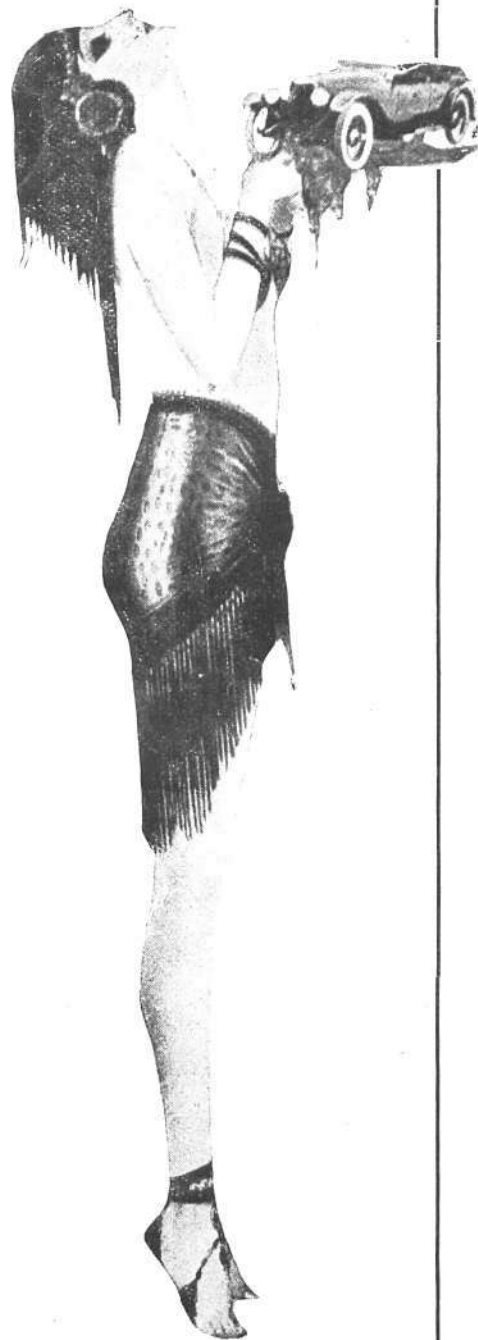
Automóvil NATIONAL :: Doce cilindros :: Alumbrado y arranque eléctricos :: Ruedas metálicas y rueda de repuesto :: Siete asientos :: Carrocería torpedo :: Toda prueba :: Razón en LA HORA.

Sones del "jazz-band",

Hasta el jardín la música del *cabaret* llega quejumbrosa, convulsiva, desfalleciente de lujuria, como rapsodia de un canto lejano y doloroso.

El *cabaret*: una variedad un poco tumultuosa y afectada del culto al pecar eterno. El nuevo pecado que hubiese hecho feliz a Gautier no se ha inventado todavía...

Hay en el ambiente olor a cocaína y a esencias de



Cotty. Si un químico inventase una fórmula para fabricar perfumes olientes a camisa de mujer, se hacía millonario y glorioso.

¡Músicas de *cabaret*!... Toselli enamora a la Princesa Toscana, y nuestras peripatéticas se mueren de romanticismo frente a un *pernod* con el *languido*, *pianissimo*, con *amore* de la sonata... Rigo escandaliza al mundo luciendo en sus muñecas, al abrazar el estradivario, el retrato tatuado de Clara Ward, y la Caramanchimai sonríe orgullosa de su triunfo desde un rincón del *cabaret*, cantando su plegaria exaltada: «Mon amour est le feu que me devore à jamais...» Y mientras Butterfly se muere de inquietud, de amor y de abandono, las *papillons* del *cabaret* bailan *shimmy*...

La señorita tanguista es otra innovación. Se diría una bayadera de Venus que sueña con el Príncipe Azul, en figura de acaparador de aceites, que la llene de lujos y fastuosidades. — A. ROMERO DE MARCOTTE.

JOSÉ ORERA

Fábrica de corsés.

Ramón y Cajal, 75.--ZARAGOZA

LA HORA PARLAMENTARIA



La pose parlamentaria de Prieto.

Dispuesto al sacrificio de retirarse de la política — ¡vayan a él nuestros plácemes si ha de imitarle todo su partido y buena parte de los otros! — no vaciló en otro sacrificio, tradicional en los ministros constitucionales: el de declararse responsable para evitar a la responsabilidad otros alcances. Sacrificio éste mucho menor, porque habida cuenta de lo que con los responsables se hace aquí, no es gran cosa lo que se arriesga en la declaración.

Temimos que, siguiendo el ejemplo del vizconde de Eza, irradiado del Gobierno, el debate histórico se desenlazase a la usanza de tantos históricos debates. Pero la voz viril, y, esta vez, serena y enérgica, de Indalecio Prieto, ha retrotraído, felizmente, el debate a su primitivo ambiente de solemnidad y emoción, en cuanto a su externo, de verdad y buena fe, por lo que toca a su fondo.

Del diputado socialista ha escuchado el pueblo — ¡tan ávido de las noticias que se le deben! — el número de bajas, escamoteado hasta ahora en el tráfigo de los cálculos y de las cifras hipotéticas. Hemos perdido 13.192 hombres, de ellos 8.668 españoles y el resto perteneciente a las fuerzas regulares.

Ha sido Prieto el que, sin miedo al entredicho, ha apuntado con el dedo

a los negocios marroquíes, harto menguados en relación a los esfuerzos y sacrificios que nos imponen.

De sus labios ha salido, a guisa de refrendo, la comprobación de lo que afirmara el Sr. Solano: Melilla era un lupanar y una ladronera. Y parte de las que hiciese el Sr. Martínez Campos: la desorganización y escasez de material se completaban allí.

Con respeto para el muerto, más afrontando el problema, el diputado ha puesto de relieve la coexistencia de Berenguer y Silvestre; la peligrosa dualidad del mando, expresada en aquel telegrama del malogrado general al hoy alto comisario: «Enhorabuena; te felicito; ya somos dos.»

Tras la alusión, inflexible, ha añadido: «En Abarán fué donde los moros nos tomaron los primeros cañones. Las operaciones se realizaron contra la opinión del alto comisario. ¿Quién, pues, las autorizó? Lo dijo el general Silvestre desde la borda del barco: fué el Rey.»

(En un punto, empero, disintimos del Sr. Prieto. El general Berenguer conocía el propósito de marchar sobre Alhucemas, y en una orden de la plaza en que elogiaba a las fuerzas por la toma de una posición — creemos recordar que fué Dar-Drius — les decía que esperaba renovarles pronto su felicitación en Alhucemas.)



La pose de D. Juan.



Un detalle del espectáculo macabro que se ofreció a la vista de los reconquistadores de Monte Arruit.

Es forzoso confesar que el vizconde de Eza, pese a la documentada e interesante primera parte de su intervención en el gran debate parlamentario, contribuyó, merced a las exhortaciones del Gobierno, a rebajar el nivel altísimo con que se iniciara la deliberación. De las afirmaciones concretas y de la lectura de textos, de todo cuanto pudiese llevar a lo que, en definitiva, debe ser el *objetivo* del Parlamento — depurar responsabilidades, exigir las y enmendar los yerros, sin perjuicio de premiar a los que cumplieron con su deber —; de todo lo que en un principio dió a su oración un carácter, por sincero y eficaz, inusitado en nuestras prácticas, pasó el vizconde, como por ensalmo, a las ambigüedades *estratégicas* que han dado fama de estériles a las Cámaras y de farsas a sus deliberaciones.

Y como término a su briosa catilinaria, cual si se hubiese atormentado nuevamente la vista con el espectáculo macabro de Nador, semejante al de Zeluán y análogo al de Monte Arruit, estos párrafos, que soliviantaron a los convencionalistas:

«Aquel viaje puso en labios de un cortesano estas palabras: «Señor: Desde Felipe II, ningún Soberano español había puesto la planta en terreno conquistado por sus soldados para España.»

»Pues bien; ocho mil cadáveres de españoles, caídos en aquellas tierras africanas, se congregan alrededor del Trono, clamando justicia y el castigo de los culpables de la magna catástrofe.»

Lea usted LA HORA todos los domingos

LOS HOMBRES MALOS

¡USTÉ ES UN LADRÓN!!!

(Todo derecho hacia el final.)

EL PRECIO DEL SILENCIO

El conde de Umbria apretó contra el pecho la sarta de perlas. En el fondo de la habitación brilló un momento la luz blanca y agresiva de una linternilla sorda. Brilló un momento, porque el que la había encendido procuraba ocultarse, agazapándose, conteniendo la respiración. Un tapiz ahogaba las pisadas, en complicidad con el hombre de la linterna, que no era otro sino Ramón, el mozo que tiene una hermana guapa.

El conde se vió de súbito sorprendido. Ramón le arrojó a la cara la luz de la linterna, y el ladrón tuvo un gesto de ira. Cogió de un brazo a Ramón, que al dolor soltó la linternilla, y en las sombras hablaron.

— ¿A qué vienes tú aquí?
— A ver a mi hermana.
— ¿Por dónde has entrado?
— Pues... por donde siempre. Por el jardín.
— ¡Ya te estás marchando!
— ¡Y usted también!
— Yo estoy en mi casa. ¿Olvidas quién soy, idiota?
— No. Pero usted está robando a mi hermana.
— Tu hermana es mi mujer.
— ¡No, señor! Mi hermana es una desventurada que se ha equivocado, porque usted es un ladrón.
— ¡Calla, que te ahogo!
— ¡Suelte usted, que grito!
— Mi vida está en tu silencio y la tuya en mis manos. ¿Quieres ser rico?
— No, señor; suelte usted, que me hace daño. Está usted robando a mi hermana para irse luego por ahí, al vértigo, al escándalo.
— ¡Toma!
El conde de Umbria se guardó precipitadamente el collar, y de un bolsillo del pantalón sacó unos cuantos billetes y a tientas se los puso a Ramón en la palma de la mano.
— ¡Toma, calla y vete! Tengo un compromiso de honor. Soy noble. Tú no entiendes de esto y no comprendes de lo que es capaz un hombre de blasones cuando peligra la pureza de sus títulos.
— ¡Yo no quiero dinero! ¡No, señor! No lo quiero. Ese dinero es de mi hermana. Esto es un robo. ¡Me da usted asco!
— ¡Calla, Ramón! ¡Calla, que ya en este trance no me importa perderlo todo, si me pierdo yo!
— ¡Es usted un canalla!

— ¡Silencio! ¡Calla, Ramón!

— ¡Un miserable canalla!

El conde de Umbria buscó trémulo de ira a Ramón, que se había distanciado del conde procurando burlar la agresión.

— ¡Ven aquí, golfo! ¿Dónde estás, cobarde? Ven y dime todas las cosas en la cara.

— En la cara se las digo a usted — decía Ramón, avanzando a tientas por la habitación buscando la salida.

— ¡Ven, asqueroso!

Y entonces comenzó la más horrible persecución. Cayeron al suelo sillas, mesitas, jarrones... El conde buscaba a Ramón, que se acurrucó detrás de unas cortinas.

Al fin el conde tropezó con un bulto, y como un tigre se apretó a él.

— ¡Socorro! ¡Socorro!

— ¡Calla, cobarde!

Y le golpeaba en la cara, en las sienes, apretándole con una mano la garganta.

— ¡Ay, madre mía! ¡Qué me matan! ¡Pilar! ¡Pilar!...

A Ramón se le hincharon las sienes, y jadeante cayó al suelo encogido, ahogando un grito en la garganta.

— ¡Pilar!...

El conde de Umbria, con el cuello desabrochado y la corbata rota, ganó la puerta de salida, rápido y resuelto.

Todavía tuvo Ramón alientos para suspirar:

— ¡Ay, madre mía!

* * *

Aquella noche ingresó en la Casa de Socorro del distrito un hombre joven, que no pudo declarar porque padecía un ataque agudísimo de alcoholismo y conmoción cerebral.

Los periódicos publicaron al día siguiente con unas titulares muy grandes: «Robo en el palacio del conde de Umbria. — El ladrón aparece conmocionado en uno de los salones del palacio.»

* * *

En la Casa de Socorro:

— ¡Pilar, tú no sabes!

— ¡Calla, pobrecito, calla! ¡Qué no debes hablar!

— ¡Ay, madre mía!

— ¡Doctor, por Dios, cuídalo mucho! ¡Es mi hermano!

— ¡Su hermano?... ¡Señora condesa!...

RAMOS DE CASTRO Y LÓPEZ MARÍN.

(Nos quedamos en la Casa de Socorro.)

En el próximo número, LA HORA SOCIETARIA
EN BARCELONA, por Antonio Cases.

Magnífica ocasión de un auto «Delahaye».

Gran Vía, 18. — Madrid.

Facilitamos la compra y venta de automóviles
y motocicletas.

Dirigirse a nuestras oficinas de 4 a 6.

Gran Vía, 18, pral. izqda.

Se venden dos magníficos coches «Buik», últimos modelos, completamente equipados, seis cilindros, en 31.500 pesetas.



PRESENTACIÓN DE «GAONITA» EN MADRID. — SE TRATA DE UN TORERO

LA nota interesante de la novillada celebrada el domingo último en Madrid la dió en primer término el ganado. Está tan acostumbrado el público a que en las corridas de toros, pero, sobre todo, en las novilladas se jueguen verdaderos saldos, animalitos que ni comprados de lance en el momento de desahar en las tientas, que al romper plaza el primer novillo, de la ganadería de D. Celso Cruz del Castillo, se notó en la plaza, colmada de público, un movimiento de efervescencia, mezcla de sorpresa y de júbilo...

Estaba allí de muestra el toro bravo, el toro con temperamento, que anda ligero y se revuelve pronto y sabe jugar las defensas. Como él fueron casi todos los lidiados, y, principalmente, los que salieron en tercero y cuarto lugar, porque, además de bravos, se dejaron hacer verdaderas «fechorías» de puro nobles. Mereció el ganado unánime aplauso. Y en cuanto a mí, además del aplauso, una gran esperanza: la de que esa nueva ganadería, que pasta en tierras de la provincia de Toledo, que tiene sangre de ibarras — viene de saltillos y santa colomas —, en algún mes de mayo, cuando la res está en su plenitud de pujanza y vigor, mandará a la plaza de Madrid ese toro, que ya no sembrará el pánico en la torería, porque la torería está harta sembrada y abonada de pánico, pero que recordará el ejemplar de toro antiguo, de toro duro y con nervio, con poder y con acometividad: de lo que debe de ser una res brava.



La otra nota destacable de la novillada fué la presentación del novillero mejicano Gaonita.

Presentación que tuvo algún rato, para el diestro, la influencia que en los nervios tiene el debutar en la plaza de Madrid; pero que no era tal presentación, porque el público madrileño conocía sobradamente al artista mejicano, después de su larga campaña de éxitos en Vista Alegre y de su rasgo lidiando, a beneficio de los soldados de África, seis bueyes de la ganadería de Ortega.

Por otra parte, Gaonita no hubiese dado tampoco la impresión de un torero novel. No lo es. Se aprecia en él al primer vistazo que conoce el toreo en todos sus momentos, y da la sensación de un buen torero, que se ha visto ya y del que el espectador espera cosas buenas tan pronto como el toro bueno aparece.

Notad que hay una gran diferencia entre decir: «A ver qué hace este torero», y decir: «A ver qué toro le toca a este torero»...

Los primeros lances de Gaonita, parando mucho y templando con gran desahogo, fueron acogidos con jolés! y murmullos de entusiasmo. Lo demás, en fuerza de esperarlo, fué como sobre ruedas. Los pases de muleta; los quites de aquel primoroso tercio



Gaonita en el tercer toro.

de los tercero y cuarto toros, todo el conjunto y el detalle de su labor fué el de un torero de fino estilo y de gran largueza, hablando en el argot de los que clasifican a los toreros en *largos* y *cortos*.

Con el estoque se precipitó — aquí de los nervios del debut —, y su precipitación le privó de alcanzar un gran premio... Lo alcanzará otro día, porque huelga decir que Gaonita va a ser uno de los que más toreen en la temporada venidera.

Éstas y la de una faena muy torera de *Facultades* fueron las notas salientes de la novillada.

CLARITO.

NAVARRO

ZAPATERO

PRIMERA CASA EN CALZADOS
A LA MEDIDA

Independencia, 4.

ZARAGOZA

ALMELA

Boxeo.

Gimnasia sueca.

Lecciones particulares.

Dirigirse

a

GRAN VÍA, 18

Redacción

de

LA HORA



Cómo veía Costa el problema de Marruecos

Por juzgarlas de indudable actualidad, ahora que, calientes las heridas de la guerra, se discute el problema de Marruecos, reproducimos las palabras con que el insigne polígrafo de Graus enjuiciaba la política a seguir en África.

No es necesario buscar en lo pasado las raíces de la consanguinidad que une a los dos pueblos — español y marroquí — por secretas relaciones espirituales y del magisterio civilizador, que nos constituye en deuda para con Marruecos; bastanos con abrir los ojos ante las obras que han sobrevivido en nuestro suelo a la desaparición de aquel gran pueblo, y que forman hoy parte de la fortuna nacional.

No bastó, no, que nos transmitieran su saber agrícola, sus procedimientos industriales, sus métodos de construir, el vocabulario de su lengua, el tesoro de sus tradiciones literarias y científicas, el aliento de todo su espíritu; fuimos, además, los herederos de su fortuna. Heredamos de ellos el Alcázar de Sevilla y la Giralda; Gibralfaro y la alcazaba de Málaga; la alfarería de Córdoba y la de Zaragoza; los muelles de Sevilla y la atarazana de Almería; Santa María la Blanca y la Puerta del Sol de Toledo; el Generalife y la Alhambra de Granada; la catedral de Córdoba y cien otros monumentos, fortalezas, puentes, hospicios, puertas, templos, torres, y lo que vale más que todo: un género arquitectónico, llamado «mudéjar», por el cual ocupamos los españoles un capítulo en la historia de la Arquitectura. Heredamos de ellos la vega de Zaragoza, creada artificialmente sobre la estepa; el pensil de Valencia, creado artificialmente sobre las arenas; los bancales y terrazas de Alicante; los cármenes de Granada; la maravillosa huerta de Murcia; el paraíso de Lanjarón.

Defendemos nuestros puertos con fortalezas que levantaron ellos; atracamos nuestras naves en muelles que ellos construyeron; adoramos a Cristo en los mismos templos en que ellos elevaron sus plegarias a Al-lah; regamos nuestros campos con las mismas aguas que ellos alumbraron; habitamos las calles y arrabales que trazaron sus Municipios, y hasta las familias más humildes, al ser expulsadas de la Península, nos dejaron sus plantíos y viñedos, sus sembrados, sus arrozales, sus norias, sus bestias y aperos de labranza; el granero con sus provisiones, el hogar heredado de sus abuelos, las cunas en que sus pequeños dormían el sueño de la inocencia, tan brutalmente interrumpido, y en las cuales les sucedieron los hijos de nuestros antepasados, que, al mecerse en ellas, contrajeron moralmente el compromiso de mirar como hermanos a aquellas pobres criaturas que el fanatismo y la desatentada codicia de un ministro restituyeron al desierto e hicieron recaer en la barbarie, imponiéndonos el deber y la carga de redimirlos y traerlos otra vez al seno de la civilización.

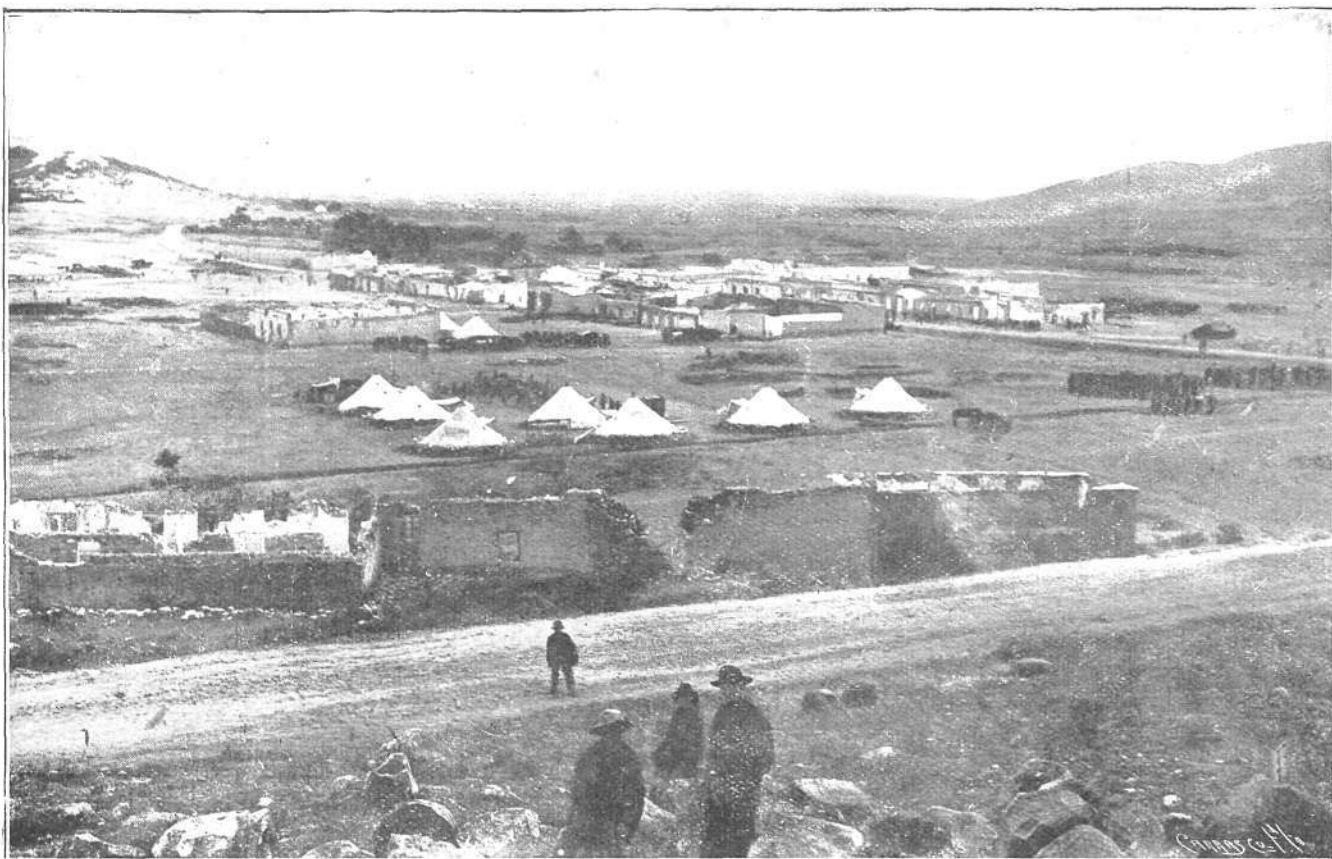
Ya con lo que llevo dicho hasta aquí principia a apuntar el criterio que, a mi juicio, debe informar toda política hispanomarroquí. Los marroquíes han sido nuestros maestros, y les debemos respeto; han sido nuestros hermanos, y les debemos amor; han sido nuestras víctimas, y les debemos reparación cumplida. Nuestra política en Marruecos debe ser, por tanto, política reparadora, política de intimidad y política de restauración.

Si tal política imperase, contraria a nuestros intereses de momento, todavía, a pesar de eso, se la recomendaría yo a mi patria, considerando que sólo son dignos de la vida los pueblos que saben sacrificar su provecho a un impulso del corazón, y que ponen por encima de todo la santa religión del deber.

Notas gráficas de la guerra.



1. El alto comisario, con su Estado Mayor, observando los movimientos del enemigo durante el avance sobre Zeluán.—2. El coronel Sanjurjo.—3. Una tienda de moros en el zoco Reina Regente, recién ocupado por nuestras tropas.—4. El cabo de Regulares de Ceuta que colocó la bandera sobre el pico más alto del Gurugú.—5. Carabineros registrando a los moros que acuden diariamente a Melilla.—6. El famoso kaid de Benisicar, Abd-el-Kader X, con otros notables de su kabila.—7. Rifeños de una kabila sometida, dispuestos a sacrificar una ternera ante el coronel Sanjurjo.—8. Una rifeña de Benisicar.—9. Grupo de periodistas madrileños felicitando en Zeluán al coronel Castro Girona y al comandante Franco.—10. El santón de la Puntilla, uno de los rifeños que más ceñudamente nos combatieron en 1909 y que recientemente se ha sometido.



Vista general del campamento y poblado de Segangan después de reconquistado por nuestras tropas.



Mientras unos héroes lucen sobre el pecho la cruz laureada, otros descansan eternamente bajo la cruz helada del sepulcro. Agasajos y honores. Flores y rezos. Sobre el pecho o sobre la tumba, siempre es una cruz el premio de los héroes y de los mártires.

DESANDANDO EL CAMINO

NADOR - ZELUÁN - MONTE ARRUIT

HEMOS ocupado Monte Arruit sin novedad», dice el parte del alto comisario. Y añade: «Hemos hallado más de ochocientos cadáveres corrompiéndose al sol.» Es horrible, ¿no? Pero España ya contaba con ello. Hemos hallado los cadáveres. ¿Y los asesinos? ¿Y los rifeños? Los rifeños no dan fe de vida. Siguen perdiéndose entre las resquebrajaduras y los nopales africanos. En realidad, ya no les interesa la guerra. Y puede que llegásemos a Annual e



Grupo de legionarios tomado ex profeso para un periódico gráfico. El enemigo a la vista es el fotógrafo.



HAY QUE AGARRARSE



ACLARACIONES

— ¿...?

— Sí; es ya el segundo caso. El primero estuvo relacionado con la adquisición de unos automóviles para el Laboratorio Municipal, sin subasta, por gestión directa, siendo él ponente. Como es lógico, el Ayuntamiento, incluidos sus correligionarios, rechazó la propuesta de Alvarez Herrero, y no hubo tal compra.

Trátase ahora de la contrata de un servicio de automóviles a la orden. También fué ponente en el asunto dicho concejal socialista. Y se abrió un concurso, con ocho días para la presentación de pliegos. Bueno; esto de los ocho días es un decir, porque como el *Boletín* aparece cinco días retrasado y uno de los ocho era festivo, quedaban dos hábiles para entregar las ofertas. Naturalmente, sólo se presentó un pliego. Y, naturalmente, también era éste de un amigo de Alvarez Herrero, que estaba en autos.

— ¿Y le resultó bien esta combina?

— No; le fué rechazada en sesión, abriéndose un concurso por un mes. El resultado ha sido el de que ha habido otro ofertante que ha hecho una rebaja en el precio y pone a disposición del Ayuntamiento, en vez de dos, cuatro automóviles.

— Para éste será la adjudicación...

— Todavía no se sabe. Porque Alvarez Herrero, que es contumaz, ha aconsejado a su licitador amigo que después de abiertos los sobres, cuando se verifican las pruebas de los coches, proponga una rebaja mayor, lo que prueba la bondad del negocio, a pesar de que en sesión lo negó. Claro es, que si esta trata prosperase, el concurso quedaba a un lado y suprimida la seriedad municipal. Pero la cuestión es proteger a los amigos.

— Como delegado de tranvías, Alvarez Herrero será enérgico en la corrección de los abusos. Más ahora, cuando van a elevarse las tarifas.

— ¡Quí! La gente viaja hasta en los topes, el servicio se hace con retraso, las interrupciones son constantes, los horarios no se respetan.

— Pues ahora podría ser su gestión más eficaz en defensa del vecindario.

— Sí; podía, con poco esfuerzo, el Sr. Alvarez Herrero hacer más extensibles las deficiencias del servicio, provocar la protesta del vecindario contra la Empresa, prestar, en suma, un servicio a los madrileños. Pero él sabrá por qué no lo hace. Y la Compañía, tan agradecida al delegado de tranvías por su colaboración estimable.

— ¿De modo que hay un concejal apellidado Farge?

— Sí, señor; un rico trapero.

— Ahora me explico por qué no se resuelve el problema de limpiezas. Pero a este Farge no le he oído nunca, ni he oído hablar de él.

— Es un concejal mudo, además de albista. Pero no pierde el tiempo. Y sin hablar ni meter ruido, con su cara de infeliz, se ha asimilado las mañas de las águilas concejiles, que hicieron compatible su cargo de concejal con la profesión de contratista municipal.

— Antes me habló usted de los tranvías. ¿Cómo ha cambiado de criterio el marqués de Villabragima, hace un año partidario incluso de la violencia, con tal de impedir la elevación de las tarifas, y hoy hombre compasivo, amigo de dialogar con la Empresa?

— ¡Toma! Porque ahora es accionista. ¡Como se ha nacionalizado el capital...!

— ¡Ah!...

EL ALCALDE DE ZALAMEA.



No queremos decir lo que pensamos del encarcelamiento del periodista Sr. Jover, sin otro delito que el de ser tan buen informador como puedan serlo las Comisiones informativas...

No queremos decir lo que nos parecen periódicos como el A B C que, a pesar de ese y otros atropellos, osan llamar a Cierva defensor de la Prensa, porque defendió el anticipo reintegrable, que salvó al diario de la ruina.

No queremos decir el nombre de un ministro que estos días rueda de boca en boca a propósito de unas minas de Alhucemas.



Los que se van con ella a otra parte.

Leímos hace poco que la orquesta del Real iba a Jaén. Y no pasaban de cinco los músicos pertenecientes a la orquesta del teatro de la Plaza de Isabel II. ¿O se trataba de la orquesta del Real de la Jara, provincia de Toledo?

Otrosí: La titulada Orquesta Sinfónica, con la eminente Sra. Llácer, hace excursiones a provincias.

Pues la Sra. Llácer, si es guapa y canta bien, ella es, en efecto. Pero la orquesta no es tal orquesta. Es un grupo de músicos, entre los que figuran profesores del Conservatorio, que debieran estar en ese Centro instructivo, y cinco músicos de la Banda Municipal, a los que paga el pueblo de Madrid para que amenicen la Villa y Corte, por lo menos en la proporción correspondiente a sus sueldos.



Es sabido que en Rusia el «Soviet» prohibió el despido de las sirvientas, con lo que las «menegildas» tornáronse en tiranas de sus amos.

Pero los rusos apelaron a un ardid: enomorarlas, casarse con ellas y divorciarse a los tres días. Y ya, en calidad de divorciadas, ¡a la calle!...

¿Lo copiarían de nuestros gobernantes, que cuando les sale un diputado respondón se lo captan, lo deshonran políticamente y luego se divorcian y... ¡a la calle! de la impopularidad?

¿Ustedes no han visto la calle de Santa Agueda a eso de la una de la noche? Pues a la hora en que termina la función en Martín se ven más coches que en un entierro.

¿Y qué hacen allí esos coches?
¡Ah! Eso lo saben los cocheros.

DIRECTOR: CÉSAR JALÓN.

CONFECCIONADOR: F. RAMOS DE CASTRO.

NOTA ARTÍSTICA DE LA SEMANA

LA EXPOSICION OCHOA

POR el salón «Vergelia» ha desfilado toda la semana numeroso y distinguido público a contemplar las nuevas producciones de Enrique Ochoa, que ha dado el paso definitivo del dibujante al pintor.

No se trata ahora de descubrir a este artista, de gran delicadeza e indiscutible personalidad, porque de su paso por las mejores revistas y periódicos ilustrados ha tenido el público noticia un día y otro día, un año y otro año.

De Ochoa dibujante de mujeres quedan como obra maestra esas cabecitas risueñas y frágiles que tienen la suavidad y el encanto de un cuento de ensueño. Las cabecitas rubias de Ochoa, pintadas como a través de una niebla de ideal, fueron su primeros pasos por el camino, sembrado de las zarzas de la envidia, del arte. Y he aquí que cuando suponíamos al artista dormido en sus laureles, Ochoa sacude su pereza, y pensando que él puede ser algo más que dibujante, calladamente trabaja en el retrato para sorprendernos con esta modalidad que renueva su arte y le hace avanzar victorioso.

No ha perdido, sin embargo, su peculiar estilo, su característica: al contrario, la ha afirmado. Ochoa en sus retratos conserva el gracil encanto de los ojos azules y el tostado color de la mujer morena, como siempre; pero ahora no son dibujos



idealizados, seres inexpressivos forjados en la soledad del estudio; ahora tienen el alma del modelo y viven los pensamientos que se asoman curiosos a los ojos de las mujeres que pintó. Y ya pintor de retratos definido, sabe fijar en el lienzo la firmeza de una frente masculina que piensa y trabaja, y la delicada transparencia de marfil de la frente que nació sólo para que sobre ella caigan los rubios ricitos que la adornan.

Pintar retratos es la más grande dificultad de un artista, porque el retrato no debe ser el

exacto parecido del retratado; yo creo que el retrato, aunque rasgo a rasgo no sea igual al modelo, no importa. Pintar una mujer, por ejemplo, es pintar la malicia de madrigal de sus ojos, la retadora insolencia de la naricilla y el beso que florece siempre en la boca de toda mujer joven; pintar esto como el artista lo ve en el modelo, con ese color inconfundible y bello del rostro femenino y la aureola del pelo idealizado, es ser pintor, y así ha pintado Ochoa estos retratos, que le afirman como pintor de sereno y seguro porvenir.

Y en este salón que ahora se abre a los pintores están colgadas esas lindas cabezas de mujeres, y como contraste rudo se asoman al lienzo la serenidad pensadora del retrato de Blasco, el gesto de hombre que luchó de *El Caballero Audaz*, y esa delicada fisonomía, todo ironía, de la cabeza de Zamorita.

LUIS DE ARMIÑÁN ODRIÓZOLA.



Desde el día 1 de noviembre
expondrá la CASA GRACIA,
de Zaragoza, en Madrid, Gran
Vía, 18, piso principal izquierda,
las últimas novedades extran-
jeras y del país para señora.

Corsés - Pielés - Géneros de punto - Confecciones

Precios de suscripción

		Pesetas.
Madrid...	Un trimestre.....	4
	Un semestre.....	7,50
	Un año.....	12
Provincias.	Un trimestre.....	4,50
	Un semestre.....	8,50
	Un año.....	14
Extranjero.	Un trimestre.....	5
	Un semestre.....	9
	Un año.....	15



Lea usted todos los domingos

LA HORA

25 céntimos en toda España.

